



Inseguridad y periodismo*

Por **Esteban Rodríguez Alzueta****

Los miedos y los medios

En estos tiempos voraginosos tenemos la sensación de que la criminalidad está sitiando la ciudad, que los asesinatos, asaltos y secuestros se multiplican semana a semana. El taxista acribillado en la esquina será abatido otras diez veces por los medios en el mismo día. La literatura policial se ha alojado en el centro de la (in)seguridad ciudadana.

El peligro es vivido simultáneamente por millones de lectores, oyentes y televidentes. El periodismo contemporáneo ha sumergido al ciudadano en espacios de violencia y lo ha sumido además en la angustia y la desesperación. Las páginas y noticieros amarillistas (y no solamente estos) nos advierten cada tanto que una ola de crimen sobresalta a la ciudad. Las calles son especies de vitrinas del horror donde el ataque, la paliza, la violación, la muerte, son algunas de las fatalidades que aguardan a la vuelta de la esquina. Un perverso juego de azar rodea nuestra rutina y cualquiera de nosotros puede ser el blanco perfecto de cualquier fechoría. El crimen se ha vuelto difuso, pero también omnipresente.

Para quedar atrapados en su derrotero no hace falta ser el objeto directo de esa violencia, basta con convertirse en el televidente riguroso de la cobertura espectacular que los medios de comunicación ensayan periódicamente en torno al delito. La criminalidad es exhibida por los *mass media* como muy cercana, presente por doquier, y amenazadoramente terrible. Con este periodismo, el enemigo está en

casa y dentro de nosotros se aloja el *miedo*, otra vez el miedo. El miedo, ese sentimiento de vulnerabilidad, es el prisma para leer la realidad, las conflictividades sociales urbanas.

La respuesta a esta interpelación mediática, es la obsesión *securitaria* pero también la demagogia punitiva. Los ciudadanos se atrincheran y reclaman más seguridad que quiere decir, más policía, más cárcel. Varios autores que abordan la problemática de la inseguridad coinciden en que la cobertura del delito por parte de los *mass media*, gravita en la vida cotidiana, modificando las costumbres e influyendo en las conductas de los individuos. (Miguez e Islas; 2009) (Bauman; 2006) (Kessler; 2009) (Entel; 2007) Sin embargo, no hay que apresurarse y cargar todo a la cuenta de los medios. Si los periodistas referencian a la inseguridad como una problemática central en su agenda, en parte se debe a que la sociedad así lo siente. Los medios no están en el grado cero de la historia. Para que estos puedan ganarse la confianza y el consentimiento de la opinión pública, para que “la gente” crea en los periodistas, éstos tuvieron que haber recalado en su sentido común. Si los periodistas pueden dirigir –y lo digo en un sentido gramsciano- a la sociedad, perfilar un consenso, se debe a que la audiencia se siente tenida en cuenta o hablada por la prensa. Digo esto para ponernos más allá de las interpretaciones mecanicistas, aquellas concepciones que suelen encontrar en la noticia diaria la causa de los problemas

Los medios cultivan actitudes y valores que ya están presentes en la cultura, y por ello sirven para mantener, estabilizar y reforzar creencias o conductas convencionales. Si los medios encuentran eco en la audiencia será porque ésta se identifica con las concepciones de mundo que ponen en juego. Como señala Gerbner, la principal influencia de los medios radica en la capacidad para comunicar ideas acerca de la conducta, las normas y las estructuras sociales. Por ejemplo, la gran

cantidad de violencia que aparece en televisión puede transmitir a las personas el mensaje de que la ciudad es un lugar violento, cada vez más hostil, inseguro y fomentar, de esa manera el miedo al delito

No se nos escapa el protagonismo que tienen los *mass media* en las sociedades contemporáneas, que algunos han dado en llamar “sociedades de información” (Castel) o “sociedades de comunicación” (Christian Ferrer) o “telesociedades” (Giovani Sartori). En las sociedades vertebradas en torno a los *mass media* el discurso que allí se esgrime no pasa desapercibido, llamará la atención, tendrá muchas chances de ser atendido e imitado por la opinión pública. Los medios no sólo establecen la agenda diaria de las conversaciones en el barrio, sino que le imprimen un temperamento y sugieren un punto de vista. Nos muestran las cosas pero también nos dicen cómo tenemos que verlas. El periodismo contemporáneo es una referencia ineludible a partir de la cual organizamos la vida cotidiana y los desplazamientos por la ciudad.

La pregunta por la inseguridad, entonces, es a la vez la pregunta por los medios y no es la pregunta por los medios. Seguramente, el telón de fondo es el aumento del delito, la desconfianza social hacia determinadas instituciones encargadas de perseguir el delito, la aparición de la retórica de la inseguridad en los discursos de la clase política, pero también la fragmentación social.

Por su parte, como sostienen Julia Varela y Fernando Álvarez Uría, la sensación de inseguridad no se produce solo porque haya efectivamente más violencia real o por el sólo efecto de los medios: *“la fascinación de los medios por la violencia parece ser más un efecto que una causa de la sensación de miedo.”* (Varela-Álvarez Uría; 1989: 139/140) Los medios son una caja de resonancia, amplifican lo que se viene sedimentando en la sociedad. Eso será aprovechado por la clase dirigente en periodos de crisis para canalizar hacia ese terreno las preocupaciones de los

ciudadanos y dejar así, en segundo plano, otros temas más importantes como el desempleo, la crisis económica, la corrupción política, la evasión fiscal de las grandes empresas, los delitos de cuello blanco, la contaminación ambiental o la cuestión racial, para poner algunos ejemplos sueltos. Recurrir a esta estrategia política suele tener éxito porque refuerza las tendencias hacia la conformidad, de modo que generen o mantengan actitudes conservadoras en un período de crisis social y política. De la misma manera que la inseguridad y la lucha contra el delito se convierte en la vidriera de la política en los períodos electorales (Christie; 2004), la delincuencia será el mejor chivo expiatorio en los períodos de crisis, permitiendo, una vez más, desplazar lo social por lo policial. *“En los períodos de vacío de poder, de debilitamiento del sistema político, se hace patente la función terapéutica de los mecanismos de tratamiento ritualizado del desorden; a condición de que su código conserve todavía eficacia, y de que su autoridad no dependa ni del acontecimiento, ni de la arbitrariedad humana.”* (Balandier; 1992: 11) A través de la dramatización mediática de las conflictividades sociales urbanas se fabrica una opinión pública. La opinión ya no es el resultado de la confrontación de intereses u opiniones sino de la exaltación constante. El tratamiento espectacular de estos conflictos sociales anula lo político, crean un vacío político. Basta recordar los latiguillos de los dirigentes cuando señalan, haciéndose eco del periodismo sobresaltado, que la seguridad no es ni de derecha ni de izquierda, que la lucha contra el delito no es un debate ideológico. Los medios interpelan a su audiencia y la mantendrán cautiva con imágenes impactantes y unida con acontecimientos que tienen la capacidad de no generar divisiones. Como dijo Bourdieu: el suceso policial, los asesinatos de niños, la violación de mujeres, el robo a los ancianos, a pesar de su inanidad política, interesan a todo el mundo. Por su propia naturaleza no tocan a nadie importante y tiene la capacidad de no dividir, de crear

consensos. (Bourdieu; 1996: 22,23) Todos estos escándalos tienen la capacidad de provocar indignación moral y conseguir formas de movilización puramente sentimentales y caritativas, o apasionadamente agresivas y cercanas al linchamiento simbólico. (Bourdieu; 1996: 75) Después de cada suceso con repercusión mediática, la reacción no se hará esperar. El rechazo llegará rápido y será unánime. Todo aquel que quiera matizarlo atendiendo a las circunstancias históricas y los contextos sociales, que atine a ponerlo en discusión, será estigmatizado, considerado irresponsable o cómplice de los hechos.

Por otro lado, no hay que perder de vista que cuando la Argentina se piensa desde la ciudad de Buenos Aires y el conurbano bonaerense, donde la tasa de delitos violentos es más alta que en otros lugares del país, la muerte del remisero, acribillado a balazos, no pasará desapercibida en las pequeñas localidades del interior. Más aún si las noticias se transmiten en cadena y cascada por todos los medios, una y otra vez, con todos los condimentos que tiene que tener la primicia para subrayar la urgencia. Cuando eso sucede, las consecuencias se sentirán en la vida cotidiana, sus habitantes cambiarán las costumbres, adoptarán otras estrategias de seguridad, pondrán más reparos para ausentarse de su casa, adoptarán nuevas medidas para protegerse y moverse por la ciudad. Pero no sólo eso, también habrán modificado los modos de contar la desgracia ajena. Los hechos no se experimentarán con extraordinaria excepcionalidad sino como algo ordinario, de todos los días. Se produce entonces otra paradoja: ciudades con una tasa de delitos muy bajas, tienen también una alta sensación de inseguridad. ¿De dónde provienen estas nuevas narrativas? ¿Qué relación existe entre los *mass media* y los miedos nuestros de cada día? ¿Se puede postular una relación de continuidad entre el mundo de los medios y el mundo de los miedos?

Existe una relación entre los términos en cuestión, pero esa relación no debería postularse -insistimos- como una fatalidad, no es una relación mecánica del orden de la causa-efecto. Existe una vinculación pero hay que explicarla, es una relación que se encuentra mediada. Los medios influyen en la sociedad siempre y cuando los individuos se encuentren más o menos desenganchados de sus grupos de pertenencia. Un hombre sólo frente al televisor tiene más chances de sentir miedo y asumir como propia la perspectiva de los medios que otra persona que forma parte de redes sociales, de otros colectivos de pertenencia. Un hombre sólo es un hombre que no podrá digerir críticamente la información que presentan los periodistas y opinadores. Un hombre sólo frente a la TV, entonces, es un hombre pasivo. En las sociedades contemporáneas, cuando se han deteriorado las trayectorias de vida a través de las cuales se normaban las relaciones sociales, los consensos cotidianos tienden a desdibujarse también y con ello los hombres se sienten cada vez más solitarios. A medida que se desenganchan de esas mediaciones empiezan a tener dificultades para compartir con el otro sus opiniones, discutirlos, confrontarlos y compararlos con otros puntos de vista y otras experiencias de vida. Pierden el marco de lectura a través del cual pueden pensar y comprender al otro, formarse una idea de cómo va a actuar el otro. Cuando eso sucede, el otro se vuelve “ese-otro”: el otro será percibido como alguien cada vez más lejano, ajeno a nuestro universo social. El otro deja de ser percibido como el prójimo (próximo) para pasar a ser un extraño (lejano), alguien que, a pesar de estar cerca de nosotros será experimentado con extrañamiento y lejanía (próximo-lejano). El otro es, lisa y llanamente, una persona extraña. Su extranjería ya no merece de nuestra hospitalidad sino nuestra hostilidad, nuestra desconfianza y puntería. Esto favorece el encierro en casa y parapetarse detrás del punto de vista familiar. Pero cuando el trabajo

tambalea, no hay familia que resista los embates del miedo. Será muy fácil sucumbir al pánico o ser alarmados.

Umberto Eco solía decir que los televidentes o los lectores no son meros actores pasivos. No lo decía porque aquellos podían practicar el zapping, sino porque formaban parte de colectivos de lectura donde tenían lugar las resignificaciones. Los hombres son activos en tanto y en cuanto puedan compartir y discutir en grupo aquellos puntos de vista disímiles. Esas mediaciones sociales crean condiciones para la reflexión y lectura crítica. Esas mediaciones son los prismas a través de los cuales leemos nuestro entorno y digerimos lo que nos presentan diariamente los medios. Solo de esa manera se puede decir que los televidentes no son actores pasivos sino activos. Pero cuando los hombres se desenganchan de sus redes sociales se sentirán solos, y esa soledad se vivirá con angustia. La indignación desplaza a la reflexión, y el resentimiento se apodera de los televidentes. La soledad recalca la vulnerabilidad de los hombres. Y será precisamente esa vulnerabilidad, producto de la fragmentación social, la que crea las condiciones para que cunda el pánico de vez en cuando, para que los hombres sientan cada vez más miedo, para que las noticias susciten entre los televidentes temor social. No es casual, como sugieren Kessler (2009), Islas y Miguez (2010), que las mujeres y los ancianos sean las personas que sienten más inseguridad. Estas son, precisamente, las personas que más tiempo están solos en sus casas, las que menos vida social mantienen, las que más tiempo pasan frente al televisor. Del mismo modo, cuando la vida se vuelve anónima, cuando ni siquiera sabemos quién es nuestro vecino con el que convivimos desde hace años, nos sentimos desprotegidos y vigilados a la vez, vulnerables e inseguros.

Hecha esta aclaración, volvamos a nuestra pregunta: ¿Existe una relación de continuidad entre los medios y los miedos? Existe una

relación que será una relación mediada. El discurso de los medios influye en el espectador solo cuando estos abrevan en su imaginario, pero además cuando aquellos se encuentran desenganchados de las redes sociales. Solo a partir de estos presupuestos podrá postularse a los medios como una variable más a la hora de explicar la inseguridad ciudadana.

La nueva ola: del crimen a la inseguridad

Hasta hace un par de décadas el delito era la materia prima exclusiva de la crónica policial, y ésta era considerada un género menor. Los periódicos más “serios” le dedicaban algunas pocas páginas al final del diario, antes de la sección deportiva. No así los diarios populares, que giraban en torno a la desgracia ajena. La crónica policial o “tinta roja” tiene sus antecedentes en la literatura de cordel (Brasil) o en los romances de sangre e hígado (España), pero también en las coplas de ciego, en los recitales medievales de los trovadores que se la pasaban llevando rumores de un lugar a otro; en la novela de folletín, en el sainete. Todas estas narraciones dejan entrever la obsesión de los sectores populares por el crimen. Hay una especie de magnetismo por la literatura policial, que será retomado por el periodismo cuando éste multiplique su tirada, deje de estar dirigido al público ilustrado para alcanzar un interlocutor masivo.

Para entender la incidencia que tiene la crónica policial hoy en día, no hay que perder de vista su larga trayectoria, sobre todo para comprender la devoción popular por este género que siempre cautivó nuevos lectores. ¿A qué se debe esta atracción popular?

Muchas respuestas se han ensayado para esta cuestión. Para algunos se debe a que la crónica policial trabaja con la fantasía popular. Mucho

antes de irrumpir la crónica policial en el periodismo, ya existía todo un imaginario en torno a estas cuestiones. Como suelo decirle a mis alumnos: la crónica policial es una reescritura constante del cuento de caperucita roja y el lobo feroz. Recordemos: Un buen día caperucita, una niña inocente, buena y dulce va a visitar a su abuelita que estaba muy enferma, hasta que tropezó con el lobo. Caperucita puede ser cualquier adolescente, un trabajador, un empresario exitoso, un ama de casa, una pareja de abuelitos o un alumno aplicado. El lobo puede ser equiparado al violador, el asesino o el ladrón. Cambian los nombres pero la estructura del relato sigue siendo más o menos la misma: Un buen día una joven estudiosa y aplicada regresaba de la escuela, cuando fue interceptada por un violador. Otro: Un día, un trabajador, buen padre de familia, ciudadano ejemplar, se disponía como todos los días, a llegar temprano a su trabajo. Pero tuvo la mala suerte de ser interceptado por una banda de ladrones que lo bajaron del auto y le pegaron un tiro en la cabeza para dejarlo tirado en el medio de la calle. La pureza de la víctima contrasta con la monstruosidad del victimario. La exaltación de las bondades de la víctima acentúa el carácter “imperdonable” y demoniza al victimario inculpado. En fin, como se puede observar, el imaginario popular aporta los temas y el marco que los contiene para recrearse constantemente a través de las crónicas policiales.

Por otro lado, en la lectura de las crónicas se manifiestan también los temores y las angustias populares. El melodrama, que suele ser el estilo escogido por los periodistas para contar los sucesos policiales, les permite a los lectores reconocerse como actores de una historia que se les escapa todos los días, ser protagonistas de la realidad. Los sectores populares no se fascinan con las crónicas porque son morbosos, sino porque encuentran en ellas la posibilidad de expresar lo que les pasa. A través de la lectura de las crónicas estos sectores tienen la oportunidad

de identificarse con la víctima o los familiares de la víctima y proyectar sus miedos, sus angustias, sus problemas, sus reclamos, incluso sus esperanzas. Lo que le pasó a esa persona les puede pasar a ellos. Lo que sienten los familiares de la víctima es lo que sienten ellos todos los días cuando despiden a sus hijos camino a la escuela. En fin, con la crónica policial, los sectores populares pueden convertirse en partícipes de una historia que no suele incluirlos.

Para otros autores, si el policial siempre fue santo de devoción de las masas populares se debe a que hoy en día aportan la cuota diaria de misterio que en otra época llenaban los mitos o la vida religiosa. En cada crimen hay una “carta robada”, una pista falsa, una pieza que no encaja. Los crímenes tienen ese costado enigmático que cautiva y moviliza a la opinión a seguir atenta el desenlace de la historia, si es que lo tiene.

Ahora bien, en las últimas décadas, el policial dejó de ser un género popular. Además de los sectores populares, lectores favoritos de este género, se sumaron los sectores medios. También las capas medias se convirtieron en asiduos seguidores de la desgracia ajena. De allí la centralidad que ha empezado a tener el policial en la agenda de los medios “serios”. Las crónicas policiales empezaron a crecer cuantitativa y cualitativamente hablando, y no sólo en la prensa amarilla, también en la prensa o los programas “serios”. No sólo le dedican más espacio (en los medios gráficos) o más tiempo (en los medios audiovisuales) sino que cada vez hay más diarios o revistas o programas especializados en este rubro. Programas, incluso, que se repiten y entregan en serie. Su centralidad también se la puede verificar en la tapa de los diarios “serios”; se verifica también en la ficcionalización, y porque las coberturas son cada vez más complejas (tienen cada vez más fotos, infografías, historias de vida, títulos cada vez más grandes, cada vez

recogen más testimonios de vecinos, hay encuestas, notas de opinión, entrevistas a especialistas, se dan consejos para la prevención, etc.). Además hay que aclarar que la agenda policial en los medios hoy día ya no se construye solamente con la crónica policial o la sección policiales. La problemática empezó a ser abordada por otras secciones, se ha ido desplazando de sección a medida que ha aumentado el interés por ella: por ejemplo a la sección “política nacional” o a la de “interés general” o “sociedad”, cuando no se le dedica un dossier especial en los suplementos especiales o dominicales.

Para algunos, esta centralidad se explica en el aumento del delito; otros dicen que creció porque el crimen vende (teorías economicistas); para algunos porque el sensacionalismo aporta entretenimiento a una población que reclama espectáculos (teoría de la evasión); otros, por el lugar que tiene el policial en el imaginario popular (Barata Villar); o por el protagonismo que tienen hoy día los *mass media* en las sociedades contemporáneas (Deleuze, Castel, Sloterdijk).

Para nosotros la transformación del género policial coincide con la mutación del delito. Como bien señala la comunicadora, ShilaVilker (2006), la mutación es la expresión de un cambio hegemónico en la sociedad, una transformación de los patrones de lectura de la realidad. La violencia y el crimen van a ser tematizados y abordados a partir de otros registros, con otros valores, que son también otros esquemas de interpretación.

Para nosotros la transformación del género policial coincide con la mutación del delito. La violencia y el crimen van a ser tematizados y abordados a partir de otros registros, con otros valores, que son también otros esquemas de interpretación. El acento ya no estará puesto sobre el hecho violento, sino sobre la subjetividad del ciudadano que siente amenazada su propiedad y hasta su propia vida por la creciente ola de

delitos y violencias. Para Vilker, en esa torsión puede verse también la *“construcción de una nueva hegemonía, cimentada sobre ciertos valores propios de la clase media urbana”*. El crimen ya no será procesado en base a valores de sectores populares como la corporalidad, la fuerza física, todo esto vivido de manera intensa y truculenta, sino *“a través del tamiz de los valores más inmateriales y desapasionados de justicia procesal, moralidad, respeto a la propiedad y convivencia pacífica. El crimen ya no es objeto de goce estético sino de amenaza a la seguridad.”* (Vilker; 2006: 23)

El pasaje del *delito* a la *inseguridad* coincide también con el pasaje del *hecho criminal* a las *olas de inseguridad*. A medida que la inseguridad se fue instalando como problema central, se fue modificando el género policial. La crónica policial, en tanto formato clásico para contar un suceso, les quedó chico a los periodistas. Recordemos lo que dijimos arriba: cuando el problema no es tanto el *delito* sino el *miedo al delito*, es decir, la inseguridad, se necesitan nuevos relatos, otros actores y nuevas preguntas para contar el problema. Para decirlo de otra manera: el desplazamiento del policial (de la prensa amarilla a la prensa seria), coincide con el pasaje del delito al miedo al delito: *“La vieja leyenda urbana del crimen (...) se ha desvanecido. En su lugar, hoy, el crimen sólo es comprendido al interior de una nueva lógica, la de la inseguridad.”* (Vilker; 2006: 13)

El problema ya no es el *caso en sí*, un *acontecimiento extraordinario*, sino la *sensación de inseguridad*, el *sentimiento ordinario* que tenemos todos. La repetición convierte al crimen en algo endógeno, algo que se instaló para siempre. El crimen ya no es algo que le pasó a Fulanito sino algo que le puede pasar a cualquiera. De eso se trata la inseguridad: oleada de eventos difusos. Una ola que cubre la realidad, que luego será cubierta por otra ola y así sucesivamente. La ola de robos de autos será

seguida por una ola de secuestros, una ola de robos a bancos por otra ola de asaltos a los ancianos o una ola de violaciones, o salideras bancarias, una ola de motochorros, de hombres araña, ola de atracos a camiones que transportan caudales, etc. Esa seriación se traduce en el uso de determinadas frases como por ejemplo: “Otra vez le pegaron a una anciano. Esta vez fue en el barrio de Caballito”; “Nuevamente los vecinos del barrio de Núñez fueron testigos de otro caso de abuso sexual”; “Una vez más...”; “Cada vez más...”; “La creciente ola de violencia...”; “se duplicó...” Con estos clichés se sugiere que el crimen se ha vuelto cotidiano y menos excepcional.

El delito dejó de ser un “caso” para ser una “serie”, un dato ordinario de la realidad; el crimen dejó de ser lo que le pasó al otro, para pasar a ser lo que le puede pasar a todos. La noticia se desplazó al terreno de la opinión pública. Si la noticia es el miedo al delito entonces el periodista protagonizará a la opinión pública. La noticia no representa, interpela a los actores, presenta los afectos en juego. La opinión pública dejó de ser un mero espectador para transformarse en protagonista. Dueña de una acción que se averigua en la indignación, la modificación de los hábitos o en los linchamientos sociales muchas veces transmitidos en vivo y en directo, la opinión tiene la palabra.

Eso no significa que se haya desplazado a la víctima directa del relato periodístico. Al contrario, cada vez tiene mayor protagonismo. Los medios levantan a la víctima, no paran de ponerle el micrófono, de preguntarle “¿Cómo se siente?”; “¿Usted qué piensa?” Construyen una víctima con vistas a que el lector o el televidente se identifiquen rápidamente con ella. Cuando la víctima se parece a nosotros, se potencia el miedo y nos convertimos, por añadidura, en víctimas de los hechos que tuvieron lugar. Por eso, otra novedad consiste en la multiplicación de las víctimas: cuando la noticia no es el delito sino el

miedo al delito, todos somos víctimas y entonces todos tenemos algo que decir porque todos estamos sintiendo algo.

Si la noticia ya no es el crimen sino la inseguridad, las fuentes periodísticas ya no será solamente la policía o los testigos presenciales del hecho, sino que podrá ser cualquier persona, sea los vecinos, amigos o transeúntes que pasaban por ahí. La noticia es el miedo, es decir, la sensación que le dejó a la opinión pública.

En definitiva, cuando la noticia es la inseguridad, la víctima seremos todos y todos podemos ser entrevistados y expresar lo que sentimos, llamar a la radio y dejar nuestro mensaje, que luego será usado como separador radial y se transformará en el puntapié para que los periodistas continúen practicando su indignación y dando manija a su audiencia hasta sumergirla otra vez en un ambiente de pánico moral.

Ahora bien, esto en cuanto a la víctima, pero ¿qué sucede con los victimarios? En la agenda policial se puede verificar un tratamiento desigual según las personas involucradas en los hechos. Los adjetivos que utiliza el periodista no serán los mismos si el victimario en cuestión es un joven de clase media, universitario, o si pertenece a los sectores más pobres. (Arfuch; 1997) La juventud no es una categoría absoluta sino relativa a la clase social, se la presenta de formas diferentes según el estrato social de donde provenga. Si el joven es de clase media, entonces estamos ante un “adolescente irresponsable” o en todo caso su delito se explica en la frivolidad o la conducta desviada. Pero si se trata de alguien cuyo origen social son los estratos más bajos, entonces estamos ante un “menor”, un “marginal” y, más aún, ante un “sospechoso”, o peor aún, un “delincuente”, un “monstruo”. Un hecho que encontrará otras causas igualmente fáciles que lo explican: carencias económicas (la pobreza y la marginalidad), carencias afectivas

(abandono o desatención familiar) o carencias morales (falta de educación).

Los jóvenes detenidos cargan con la culpa, hace rato dejaron de ser inocentes. La culpa se atribuye de antemano. Se produce lo que suele llamarse “inversión veridictiva”: Una inocencia que no se presume, un derecho que ya no merecen los etiquetados como malvivientes. Una culpa que alcanzará incluso a la familia de aquellos jóvenes, toda vez que fueron incapaces de imponer su autoridad, de contener o encarrilar a los hijos. A estos jóvenes se los presentan como cristalizaciones de la esencialidad del mal.

La causalidad fácil se completa con el “innatismo” (Arfuch; 1997). El crimen se encuentra en la naturaleza de las cosas, de allí la precocidad. Por eso, a diferencia de los crímenes de los adultos, crímenes racionales, interesados, los crímenes donde aparecen involucrados los jóvenes requieren de un aparato de especialistas que explique lo que de todos modos los periodistas ya decidieron saber de antemano: son monstruos, seres irracionales, violentos, incivilizados, resentidos sociales, personas perdidas por la droga.

Con todo, lo que quiero decir es que con cada nueva ola aumenta la percepción de inseguridad, más allá de que la tasa de delito sea la misma o haya disminuido. Al aumentar la sensación de inseguridad se modifican también nuestras disposiciones a actuar o sentir de determinada manera. La intensificación del crimen que se sugiere con cada nueva ola, contribuye a modificar los umbrales de inseguridad e instala una alarma social. Las olas de inseguridad movilizan a la opinión pública, y esa movilización se verifica con las encuestas o sondeos de opinión, pero también en los separadores radiales donde los oyentes sensibilizados e indignados, en estado de emoción violenta, reclaman venganza, mano dura, pena de muerte, baja de la edad de punibilidad,

más policía, etc. Lo curioso es que, y al mismo tiempo, con la fábula criminal, se supone que se está reafirmando los valores de civilidad.

Periodismo policial y consenso social

Michel Foucault decía en 1978 que debíamos estar atentos al papel que jugarían los *mass media* en las sociedades contemporáneas, donde los estados se desentendían de los compromisos sociales que asumieron alguna vez durante la constitución de los Estados-providencia. En efecto, en las sociedades con fuertes desigualdades sociales, donde la brecha social se traduce en segregación espacial, y donde el estado tiene una presencia esquizofrénica, los *mass media* adquieren una función particular: contribuir a la producción del consenso social. Cuando los grupos se separan y los vínculos se fragmentan, deteriorándose los acuerdos comunitarios compartidos que pautan la vida cotidiana, en ese contexto, cuando además el Estado dejó de ser la institución forjadora de lazo social, en estas sociedades vertebradas a través de los *mass media*, esa tarea se cargará a la cuenta de la televisión en general y el periodismo en particular. A los *mass media* les tocará imprimir una identidad a aquello que no lo tiene, postularse como la institución dadora de sentido que le imprime un contenido moral a las relaciones sociales. El lugar que llegaron a tener los Estado-Nación o el Estado Bienestar, a partir de los '90, lo ocuparán los medios de comunicación. Los *mass media* cargan con la tarea de producir una suerte de consenso social difuso. (Foucault; 1978: 166)

Para corroborar esta tesis pongamos un ejemplo, y para ello tomemos tres noticias de tres periódicos argentinos. ¿Qué tienen en común los diarios Crónica, La Nación y Clarín, dirigidos a segmentos de la población socialmente ubicados en diferentes estratos? Para responder esta pregunta repasemos entonces tres artículos de estos diarios.

El diario Crónica titula en su tapa: “1-0. Policía mató a delincuente. El ladrón intentaba escapar con el auto que le robó a dos mujeres indefensas, de un garaje del barrio de Monserrat. Un sargento de la comisaría 4ª terminó con su fuga a balazos.” Otra tapa polémica del mismo diario es aquella donde se ven dos niños pobres en la vía pública empuñando pistolas de juguete acompañados del siguiente titular: “Se entrenan para robar”.

Por su parte, el diario La Nación, en su edición del 27 de abril de 2007 publicaba un artículo del periodista Hernán Cappiello que titulaba: “Como son hoy los delincuentes jóvenes”. Según el autor de la nota, “son chicos extrovertidos de entre 16 y 18 años, últimos hijos entre varios varones, que dejaron el colegio y fueron objeto de maltratos en su familia. En cada robo o hurto cometidos, el delito más usual, obtuvieron un botín que en promedio llega a los 1757 pesos y, a pesar de que el 70% de los chicos que roba consume drogas, no usan ese dinero para comprar drogas, sino ropa de marca y darse gustos, como salir a comer a un restaurante o ir a bailar.” Eso sí, “los menos, el 35%, dijeron que parte de lo recaudado era para ayudar a su familia.”

Por último en el diario Clarín del día 9 de febrero de 2012, Virginia Messi publicó una nota que llamó: “Una plaza con bandas organizadas y pibes fisura.” El artículo describe la Plaza San Martín del barrio de Retiro, “coto de caza”, donde los jóvenes *fisurados* han hecho de los turistas desaprensivos su objetos máspreciado. Además “los jóvenes trabajan en grupo para marcar a sus víctimas amparados por los policías.”

Como dijimos arriba, se trata de tres periódicos que tienen tres lectores muy distintos. Si Crónica está destinado a los sectores populares y la Nación a las elites tradicionales, Clarín se arroga ser el diario con un perfil más abierto, apto para todo público, en especial para cautivar a las distintas capas que componen los sectores medios. Sin embargo, los tres

diarios cuentan la misma noticia. Se trata de hechos diferentes que giran en torno a los mismos actores: jóvenes masculinos, pobres, descalificados y urbanos que pasan la mayor parte del tiempo boyando en la calle y victimizando a los transeúntes. Apelando cada uno a sus estrategias literarias, escriben más o menos el mismo artículo: tienden a asociar el delito a los jóvenes marginales; el delito es consecuencia de la carencia de recursos morales y afectivos, de la crisis de autoridad familiar. Eso, sumado al déficit material y a la exclusión del sistema de solvencia familiar, constituyen los detonantes de estas conflictividades sociales que se apresuran a juzgar negativamente apelando a la noción de crimen y otros estereotipos que estigmatizan a los protagonistas.

Lo que quiero decir es que con este tipo de noticias, los diarios tienen la oportunidad de interpelar a los distintos actores sociales más allá de las circunstancias particulares en las que se encuentran. La solución no es nueva: se trata de desplazar lo social por lo policial. El suceso policial tiene la particularidad de conmover a todos por igual. A través del sensacionalismo, se plantean problemas que tienen la capacidad de no generar divisiones. No hay lugar para el disenso, ni siquiera para complejizar los hechos atendiendo a otras dimensiones estructurales del problema. Un acontecimiento extraordinario, trágico, elevado a noticia y presentado dramáticamente de manera simple, tiene la particularidad de ganarse la atención de todos. Cuando esto sucede se estará muy cerca de sugerir un consenso. Un consenso que se genera a partir del vacío que estos hechos, presentados espectacularmente de forma dramática, generan en los espectadores.

Bourdieu llamo a estas prácticas periodísticas, “ocultar mostrando”. Los periodistas como cualquier prestidigitador, silencian cuando dan la palabra: *“Los prestidigitadores tienen un principio elemental, que consiste en llamar la atención sobre una cosa distinta de la que están*

haciendo. Una parte de la acción simbólica de la televisión, a nivel de los noticieros, por ejemplo, consiste en llamar la atención sobre unos hechos que por su naturaleza pueden interesar a todo el mundo, de los que cabe decir que son para todos los gustos. Se trata de hechos que, evidentemente, no deben escandalizar a nadie, en los que no se ventila nada, que no dividen, que crean consenso, que interesan a todo el mundo, pero que por su propia naturaleza no tocan nada importante. La crónica de sucesos es una especie de sucedáneo elemental, porque interesa a todo el mundo, a pesar de su inanidad, pero que ocupa tiempo, un tiempo que podría emplearse para decir otra cosa.” (Bourdieu; 1996: 22/3)

Para Bourdieu los policiales tienen la particularidad de llamar la atención sobre hechos que, por su naturaleza no sólo pueden interesar a todo el mundo, ganarse rápidamente la atención de los distintos sectores sociales, sino de crear en torno a esos hechos un clima moral, un ambiente emocional similar, que se averigua en el estado de indignación generalizado. A partir de ese malhumor encuentran la posibilidad de postular algún tipo de identidad para una sociedad cada vez más heterogénea: *“Los sucesos tienen el efecto de crear un vacío político, de despolitizar o de reducir la vida del mundo a la anécdota o el cotilleo, al fijar y mantener la atención en unos acontecimientos carentes de consecuencias políticas, que se dramatizan para ‘extraer la lección pertinente’ o para transformarlos en ‘problemas de sociedad’. (...) Y la misma búsqueda del sensacionalismo y, por tanto, del éxito comercial puede llevar a seleccionar unos sucesos que, a merced de las construcciones salvajes de la demagogia (espontánea o calculada), son capaces de suscitar un interés inmenso halagando los impulsos y las pasiones más elementales (con casos como los secuestros de niños y los escándalos susceptibles de provocar la indignación popular), e incluso*

conseguir formas de movilización puramente sentimentales y caritativas o apasionadamente agresivas y cercanas al linchamiento simbólico, como los asesinatos de niños o los incidentes asociados a grupos estigmatizados.” (Bourdieu; 1996: 74/5)

Así, se puede postular a los *mass media* como un efectivo mecanismo de control. Controlan cuando generan clima, una atmósfera de inseguridad o modifican las maneras de habitar la sociedad.

Decíamos arriba que el periodismo contribuyó a la *serialización* e identificación social. Esa intervención paradójica puede verificarse en las narraciones policiales. El periodismo parte cuando religa, aquello que nos desencuentra será también lo que nos junte.

Ya sabemos que el terror despolitiza, que la seguridad personal es uno de los viaductos *despolitizantes* por excelencia, porque cuando el ciudadano aislado se siente además desprotegido o amenazado, se retrae en la salvaguardia prepolítica de su privacidad. En esa región íntima y primigenia, vale todo. Sabe que en ese lugar gozará de inmunidad y no dudará en apuntar al otro desconocido que irrumpa a mitad de la noche. Más allá de su casa, donde reina el caos y el terror, tendrá las “manos atadas”.

Es decir, la despolitización privatista que descalifica las expresiones públicas es lo que está en la base de la cuestión de la seguridad. Cuando los funcionarios agitan fantasmas en torno a la "seguridad", el "orden público" o la "paz social", buscan que los ciudadanos regresen a sus domicilios y se encierren a ver televisión, que les dejen a ellos o a la policía hacer las cosas que "saben hacer" mejor.

Y no será precisamente el Estado, el encargado de agitar aquellos fantasmas. El exorcismo correrá por cuenta del periodismo. A través de las coberturas sensacionalistas de las conflictividades sociales, los

medios encienden constantes señales de alarma que tienden a recluir a los ciudadanos, a desengancharlos de sus redes sociales. No sólo desautorizan los espacios públicos, sino que restringen el universo social de cada individuo.

En este sentido, puede agregarse que la criminalización y demonización mediáticas refuerzan el estado de excepción. Certifican imaginarios que apelan a la restauración de expresiones autoritarias. Detrás de una noticia hay un policía esperando. Detrás de la cobertura de una "entradera" hay un reclamo de "mano dura". Como dijo alguna vez el cineasta Stanley Kubrick: *Un neoconservador es un liberal al que acaban de atracar.*

Lo que aparece como una crítica al gobierno (la ola de delitos), se transforma en un rudimento de legitimación para las apuestas punitivas. Las oleadas de pánico moral que conmueven a la opinión pública, le permitirán a los funcionarios declarar el estado de inseguridad permanente, a los policías detener indiscriminadamente, a los legisladores reformar las leyes, y a los jueces a encerrar a más personas.

Detrás de estos consensos sociales se cuece también la guerra contra el delito. En una sociedad fragmentada, con fuertes contrastes sociales, existe una relación de continuidad entre las respuestas punitivas y las coberturas de los periodistas, entre los miedos y los medios. Para decirlo con Foucault otra vez: *"...cuanto más crímenes haya, más miedo tendrá la población y cuanto más miedo en la población, más aceptable y deseable se vuelve el sistema de control policial. La existencia de ese pequeño peligro interno permanente es una de las condiciones de aceptabilidad de ese sistema de control, lo que explica porqué en los periódicos, en la radio, en la TV (...), se concede tanto espacio a la criminalidad como si se tratase de una novedad cada nuevo día..."* (Foucault; 1991: 22)

Así, la agenda de seguridad de los medios impulsará al ciudadano, retirado del espacio público y recluido en su esfera privada, a requerir mayores controles policiales. La criminalización mediática, cuando institucionaliza el miedo, recrea las condiciones para gobernar a través del delito. De ahí que los dirigentes -muchas veces- sean los actores más interesados en el proceso de espectacularización de situaciones problemáticas como estas. Lo que antes podía haber sido información, ahora se transforma en una narración que constituye un novedoso rudimento de legitimación.

La *clausura de la "realidad"* por parte de las empresas periodísticas y sus actores principales (los periodistas) que *actúan en cadena*, produce una suerte de "cobertura" o *bloqueo mediático*. Ese *bloqueo*, crea las condiciones de aceptabilidad para la judicialización y su posterior represión; por tanto no será una práctica inocente en el andamiaje general toda vez que está para constituir el consenso necesario para que puedan operar las prácticas disruptivas. En pocas palabras, no hay represión ni criminalización sin consenso mediático.

Bibliografía citada

Álvarez Uría, Fernando y Varela Julia, *Sujetos frágiles*, México, FCE, 1997.

Arfuch, Leonor, *Crímenes y pecados: de los jóvenes en la crónica policial*, Buenos Aires, Unicef, 1997.

Balandier, Georges (1992), *El poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*, Barcelona, Paidós, 1994.

Bauman, Zygmunt (2006), *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*, Buenos Aires, Paidós, 2007.

Bourdieu, Pierre (1996), *Sobre la televisión*, Barcelona, Anagrama, 1997.

Christie, Nils, *Una sensata cantidad de delito*, Buenos Aires, Editores del Puerto, 2004.

Deleuze, Gilles, "Post-scriptum a las sociedades de control" en *Conversaciones*, Valencia, Pre-Textos, 1995.

Entel, Alicia, *La ciudad y los miedos. La pasión restauradora*, Buenos Aires, La Crujía ediciones, 2007.

Foucault, Michel (1978), "Nuevo orden interior y control social" en *Saber y verdad*, Madrid, La Piqueta, 1995.

Foucault, Michel, "Las Redes del Poder" en *Lenguaje Libertario*, Tomo 1, compilado por Christian Ferrer, Montevideo, Nordan Comunidad, 1991.

Foucault, Michel (1975), *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1990.

García Beaudoux, Virginia y D'Adamo, Orlando, "Tratamiento del delito y la violencia en la prensa. Sus posibles efectos sobre la opinión pública", en *Fronteras globales. Cultura, política y medios de comunicación*. (Comp. Lilia Luchessi y María Graciela Rodríguez), Buenos Aires, La Crujía ediciones, 2007.

Gramsci, Antonio, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1998.

Islas, Alejandro y Míguez, Daniel, *Entre la inseguridad y el tempo. Instantáneas de la sociedad actual*, Buenos Aires, Paidós, 2010.

Kessler, Gabriel, *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2009.

Martini, Stella, "Agendas policiales de los medios en la Argentina: la exclusión como un hecho natural" en *Violencias, delitos y justicias en la Argentina*, (Comp. **Sandra Gayol y Gabriel Kessler**), Buenos Aires, Editorial Manantial y Universidad General de Sarmiento, 2002.

Paz Echeverría María, "Representaciones sociales sobre inseguridad en Balcarce", tesis de Licenciatura en Comunicación social, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP, La Plata, 2005.

Sloterdijk, Peter, El desprecio de las masas. Valencia, Pre-Textos, 2002.

Vilker, Shila F., *Truculencia. La prensa policial popular entre el terrorismo de estado y la inseguridad*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006.

*Este artículo fue publicado originariamente en el libro *Temor y control. La gestión de la inseguridad como forma de gobierno*. Buenos Aires: Futuro Anterior, 2014.

** **Esteban Rodríguez Alzueta**, Abogado y Magíster en Ciencias Sociales (UNLP). Docente, investigador y extensionista en la UNQ y UNLP. Profesor de Sociología del delito en la especialización en Criminología (UNQ); Cuestión criminal e inseguridad en América Latina, junto a Gabriel Kessler y Ángela Oyhandy en la Maestría en Ciencias Sociales (UNLP) y de *Los medios y los miedos: Delito, inseguridad, justicia penal y medios de comunicación (Maestría de Criminología de la UNL)*. Fue director del programa “El derecho a tener derechos” (UNLP). Autor de “Temor y control: La gestión de la inseguridad como forma de gobierno” (2014); “Vida lumpen: bestiario de la multitud” (2007); “Contra la prensa” (2001) y “Justicia mediática”. (2000). Coautor de “La criminalización de la protesta social” (2003); “Políticas de terror. Las formas del terrorismo de Estado en la globalización” (2007); “El derecho a tener derechos. Manual de derechos humanos para organizaciones sociales” (2008). Miembro del CIAJ (Colectivo de Investigación y Acción Jurídica), organización de DD.HH. Director de la Maestría en Ciencias Sociales y Humanidades de la UNQ. Fue asesor del Ministerio de Seguridad, Presidencia de la Nación (2011 y 2012). Miembro de la Campaña Nacional Contra la Violencia Institucional. Miembro del LESyC (Laboratorio de Estudios Sociales y Culturales).